

Sin embargo de alimentarsè con calabaza y fruta, no presentaba Juan síntoma alguno de debilidad, lo que me dejó por entonces harto sorprendido, pues todavía en aquella época no hacían sus célebres experimentos Tanner, Succi y Merlatti, demostrando que el hombre puede vivir sin comer, treinta, cuarenta y hasta cincuenta días.

—Cuando se case Ud. con Nieves, le dije, vivirán aquí como Adán y Eva en el paraíso.

En efecto, dadas su poca ropa, su alimentación vegetal y la belleza del sitio, la comparación era rigurosamente exacta.

Terminada la comida y pasada la hora del calor, emprendimos mi primo y yo la marcha de regreso á Tequila, despidiéndonos de Juan, quien nos acompañó buen trecho por la cuesta, y me prometió pagarme muy en breve la visita.

## V.

Grandes fueron el estrépito y la algazara que metió en Tequila la fiesta preparada por Don Santos para celebrar la bendición

de la capilla de su hacienda. Hombre acomodado y espléndido, no omitió gasto para dar mayor realce al festejo, habiendo hecho llevar de Guadalajara músicos, conservas y vinos exquisitos para obsequiar á los convidados. Fueron éstos no sólo de Tequila y de las haciendas del partido, sino también de pueblos y fincas distantes, de suerte que la concurrencia fué abundante y lucida por todo extremo. Don Santos era vanidoso y manirroto; así que en aquella ocasión echó la casa por las ventanas, como suele decirse, para hacer ruido y andar en bocas con dictado de magnífico.

Fuí de los invitados al festejo, y en compañía del jefe político y de mis primos, me presenté uno de los primeros en la Florida, que hallé toda conmovida por el suceso. La plaza de la hacienda rebosaba de gente campesina; los vaqueros, con chaqueta y calzoneras de cuero, montaban briosos caballos, que hacían caracolear y galopar por todas partes; algunos mozos de á pie prendían cohetes que partían silbando y estallaban á grande altura. Los convidados acudían en carruajes y á caballo, viniendo entre



ellos no pocas damas. Don Santos hacía á su modo los honores de la casa.

--Pasen ustedes, señores, decía á los que llegaban.—Adentro, señoritas.--; Eh! tú, gritaba á algún mozo, coge ese caballo del señor ¿estás dormido?—Lleven ese coche debajo de aquel árbol—Y concluía gruñendo contra sus sirvientes, á quienes llamaba holgazanes, animales y otras cosas que no son para dichas.

La capilla era pequeña; pero como estaba situada á uno de los extremos del corredor, los convidados que no lograron tomar sitio dentro de ella se colocaron en la parte de afuera, la cual, con la puerta abierta, era como una prolongación de la diminuta iglesia.

Mostrábase ésta cargada de adornos. Por donde quiera se miraban ramas verdes, banderolas de diferentes colores, oropeles y, sobre todo, espejos esféricos blancos, rojos y azules, que colgaban del techo suspendidos por delgados hilos, y que alternados con naranjas doradas, formaban el principal adorno del altar. Dió la bendición á la capilla y dijo la misa solemne el ministro del curato, y á la postre predicó un corto

sermón el señor cura, santo varón más lleno de virtudes que de elocuencia. Al concluir la misa, hubo repique á vuelo con la minúscula campana de la torre, que sonaba sorda y cascada como si fuese hecha de barro; la música tocó *diana* con estrépito y los cohetes y las cámaras estuvieron á punto de desgarrar los tímpanos de los concurrentes.

Acto continuo comenzaron á circular las bandejas con copas de diferentes vinos, y se inició una libación general, que desató todas las lenguas é hizo subir el diapason de las voces. Los convidados invadieron la casa, distribuyéndose libremente por los corredores, la sala y las recámaras. Hubo tiempo para bailar algunas piezas, y á poco llegó la hora de la comida. Entretanto, la música llenaba el aire con encantadores acordes, sonaban los platos, oíase el retintín de las copas, tronaban los corchos de las botellas, y todo era voces, animación y risas en la extensa y blanqueada troje que hizo veces de comedor.

Serían las tres de la tarde cuando terminó el banquete y se dirigió la concurrencia al lugar donde fueron lidiados los toros. Era



éste un extenso potrero cuadrangular, cercado por ancha barda de piedras y comunicado con otro potrero, donde se hallaba encerrado y apercebido el ganado. Habíanse improvisado algunos tablados sobre la cerca, con el objeto de que sirviesen de palcos. Acomodóse en ellos el concurso, como pudo, en sillas de tule. En cuanto al jefe político y á mí, nos instalamos en el mismo palco de don Santos, quien no consintió en separarse de la compañía de la autoridad, para la cual eran todos sus obsequios y atenciones. Muchos de los hacendados, y particularmente los jóvenes hijos de los propietarios de campo que allí había, montaron briosos corceles y entraron en la plaza, dispuestos á tomar parte en las agilidades y suertes taurinas. Presentáronse caballos muy hermosos y jaces sumamente pintorescos. Los nobles brutos atravesaban la plaza con el cuello arqueado, las orejas levantadas y alta la cabeza, golpeando el suelo con ligero y gracioso paso, como el de una mujer coqueta. Los ginetes ostentaban chaquetas de lustroso paño, calzonerías con botonadura de plata, sombreros galoneados con *grampas* y toquillas del mismo metal, y enormes espuelas que no hu-

biera desdeñado un conquistador, con gran rodaja en forma de estrella con incrustaciones y chapetones argentados. Los vaqueros cruzaban por en medio de los amos, con trajes de piel y anchos sombreros de palma, y cubiertas las piernas con grandes tapaderas también de piel, sujetas á la cabeza de la silla. En un momento desataron los ginetes los sarapes de brillantes colores que llevaban á la grupa y los desplegaron al aire para prepararse al toreo. Los había blancos, azules y rojos; variedad de matices que daba al cuadro un esplendor indescriptible.

Los rancheros y las rancheras de á pie, que no tomaban parte en la fiesta, instaláronse sobre la cerca de piedra; la mayor parte de ellos en enclillas, envueltos en sus sarapes desde las piernas hasta la nariz y con el sombrero echado sobre los ojos. Los más animosos dejaban colgar las piernas hacia el corral. Las mujeres vestidas con limpias enaguas de indiana de diferentes colores, calzadas por grave y raro caso con zapatos bajos y negros, ó con botines de tonos chillantes, se acurrucaban también en lo alto de las cercas, cubriéndose la cara con el



rebozo; en tanto que los muchachos trepaban á la copas de los árboles circunferentes, armando una gritería y un estrépito indescriptibles. La escena se desarrollaba bajo un sol de fuego, que parecía haber convertido el cielo en plancha de bronce enrojecido.

Iba á salir á la plaza el primer bicho, cuando dijo el jefe político:

—Hace falta una reina para los toros, don Santos.

—Tiene Ud. razón, contestó éste, es preciso nombrarla. ¿A quién sería bueno designar para tal objeto? Y echó una mirada por los palcos contiguos, donde se apiñaba el bello sexo, sin parecer decidirse en favor de ninguna de las damas allí presentes.

—A quien Ud. guste, repuso el jefe político, con tal que sea una jóven hermosa para que tengan algún estímulo los lidiadores.

Aquella observación pareció haber hecho brotar la luz en el cerebro de don Santos. Desviando la mirada de los palcos, la pasó por la cerca donde se apiñaba la muchedumbre campesina, y á poco inquirir, vióse brillar en sus ojos una llama de satisfacción.

—¡Epa, Pancho! gritó á uno de los vaqueros, anda á decir al tuerto Analeco que se venga para el tablado con toda su familia.— Y luego, volviéndose á nosotros, agregó:— Ya tenemos una reina de los toros, que vale la pena.

El vaquero cruzó la plaza á galope y se acercó á un grupo que se guarecía á la sombra de un mezquite. Fijé la atención en él, y reconocí, aunque con algún trabajo, á causa de la distancia, á Analeco, á la tia Petra y á Nieves. Habló un momento el vaquero con Analeco y volvió luego diciendo que pronto vendría la familia. En efecto, vimos á poco que las personas mencionadas bajaron de la cerca y se aproximaron al tablado por la parte exterior de la plaza. Nieves resistía, se paraba á cada paso y sólo echaba á andar obligada por palabras imperiosas ó por elocuentes empujones del tuerto y de la tia.

—¿Qué tienes, Nieves? la dijo don Santos cuando hubo subido al tablado. ¿Por qué estás enojada?

—Por nada quería venir, señor, dijo la tia Petra. No parece que Ud. es el amo.

—Es muy alzada, prosiguió Analeco con



mal humor; pero no hay qué dejarla salirse con sus caprichos.

Nieves callaba, según su sistema, y se cubría el rostro con el rebozo. Se había puesto las enaguas coloradas y los zapatos azules que, por lo visto, eran todo su lujo. Estaba bien peinada además, y llevaba pendientes azules de vidrio y lazos de cinta carmín en la cabeza. El sol y la vergüenza le habían encendido los colores, que parecían los de una rosa de Castilla, y el mohín de mal humor que se dibujaba en sus labios, comunicaba á su fisonomía la gracia encantadora de un niño enfurecido.

—Vamos, no seas tonta, la dijo don Santos señalándole un asiento en la parte delantera del tablado, siéntate aquí; te he llamado para que seas la reina de los toros.

Por grande que fuese la repugnancia de Nieves, serenóse un tanto al oír estas palabras, y dió muestras de quedar complacida. No se es joven, ni bella, ni ranchera en balde: la edad, la vanidad y los gustos del medio social en que se vive, hacen oír sus imperiosos mandatos en el corazón. Todavía se resistió un poco diciendo:

—No, señor, no soy digna de ser la rei-

na, habiendo aquí tantas señoras particulares... ¿Qué dirán las gentes al ver á una ranchera por reina? Seguro se van á reír de mí... ¡Cómo! señor, ¡si estoy tan fea y tan mal vestida! —y otras cosas por el estilo.

Però no hubo remedio; don Santos, Analeo y la tía Petra la obligaron á tomar asiento ó, como quien dice, á sentarse en el trono.

—Vamos, muchacha, la dijo don Santos; aquí vas á estar bien, junto al señor jefe político.

—Si, agregó éste riendo, no tengas miedo; aquí te cuidaré de todos los peligros.

Por más que esta frase fuese humorística, pareció tranquilizar á la pobre joven, que poco á poco se fué acomodando en la silla hasta ponerse de frente á la plaza, y dejó caer al descuido el rebozo de la cabeza. Analeo y la tía Petra permanecieron en pie detrás de nosotros.

Una vez lograda la reducción de la indócil Nieves, levantóse don Santos, y gritó con todos sus pulmones:

—Ya puede comenzar la función; ¡aquí tienen ustedes á la reina de los toros!

Todos los rostros se volvieron á nuestro



palco á ver á Nieves, la cual toda confusa, bajó los ojos y se ruborizó intensamente. Voces de hombres dijeron: *¡bonita reina!*; las damas pudieron apenas disimular el mal humor que les causaba que una labradora presidiese acto tan importante y alcanzase tan exclarecida honra. Afortunadamente no hay en el campo las exigencias de la ciudad, y las clases, bajo la azul bóveda del cielo, se rozan y compenetran. El amo sienta á su mesa al mayordomo y al administrador, y baila con sus hijas; veces hay que se casa con alguna de ellas, y cuando no se casa, las enamora con seguro, ó las seduce. La familia femenina de los hacendados está habituada á estas costumbres, y no lleva á mal su práctica de una manera tan apasionada como la reprobarían las encopetadas damas de las ciudades. Salvo, pues, algún murmullo de desagrado, ó algún alfilerazo asestado en forma de crítica, á la sencilla muchacha, el suceso no causó grande alboroto ni provocó escándalo en el bello sexo, que era lo que había de más delicado y puntilloso en la reunión.

Dada la voz de mando, los váqueros que se hallaban en el potrero contiguo, se die-

ron á hacer multitud de evoluciones con el pie de ganado que allí había, con el objeto de separar el toro que había de entrar en la plaza. Consiguieronlo, por fin, y penetró corriendo la bestia por la puerta, que luego volvió á cerrarse por medio de las trancas movibles y corredizas que la forman. Los ginetes y los toreadores de á pie desplegaron sus lucientes sarapes, y dieron principio al capeo, con bastante destreza. Engañado el toro por la manta extendida, y creyendo encontrar allí al enemigo, lanzábase contra ella con los cuernos bajos; pero el que la manejaba la recogía luego, quedando á salvo y á un lado, y daba el toro una cabezada en el vacío, y sin poder contenerse, seguía adelante á carrera tendida. Los ginetes lucían en estas suertes la ligereza de sus corceles y su habilidad en la equitación; parecía que las astas del toro tocaban ya al noble bruto, cuando éste saltaba hacia adelante como impulsado por un resorte, saliendo ileso. Encabritados los caballos, con las orejas levantadas y la nariz hinchada, tascaban el freno cubriéndolo de espuma, y caminaban volviendo la cabeza hacia la fiera para no perderla de vista y poder bur



lar su coraje. Llenos de entusiasmo algunos ginetes, bajaron de sus caballos á torear á pie y con espuelas. Cada vez que se llevaba á cabo alguna suerte con garbo y limpieza, sonaba un aplauso general, y tocaban *diana* los músicos. Todo lidiador aplaudido era llamado al paleo de la reina, la cual le prendía con sus bellas manos, lazos de cintas de vivos colores, en la solapa de la chaqueta ó en el sombrero, ó bien le ceñía al pecho una banda en forma de tahalí, conforme á la importancia de la hazaña.

Pasado el acto del capeo, siguió el de banderillar al bicho. De una cuerda tendida sobre la cerca entre dos mezquites contiguos, pendían las banderillas, ostentando sus vistosos colores, mezclados con oropeles. Allí ocurrían los lidiadores á proveerse de ellas, y agitándolas en las manos, se lanzaban al toro para dejárselas clavadas. No podía contemplarse sin emoción aquel espectáculo. Los lidiadores, sin mantas ya que engañaran al toro, salíanle al encuentro con sólo las banderillas, le citaban de cerca, y al voltear, se precipitaban sobre él y clavábanselas con destreza. A las veces caía al suelo alguna de ellas; esto provoca-

ba un murmullo de reprobación en los espectadores y uno ú otro silbido. Más difícil era la operación para los ginetes; tenían que ser estremadamente hábiles para banderillar bien, y escapar á los cuernos del bicho, pues necesitaban aproximar mucho á ellos los caballos. No pasó largo rato sin que quedase el toro con el cerviguillo lleno de banderillas de diferentes colores, que se agitaban y azotaban sobre su movable cuero, á impulso de carreras y acometidas.

Como la lidia no era á muerte, concluido este acto, fué lazada la fiera para ginetearla. Desplegaron los ginetes las sogas y soguillas y las apercibieron para lazar al toro, formando grandes lazadas al extremo de ellas. Esas lazadas, movidas airosamente sobre la cabeza en giros horizontales, eran de súbito arrojadas á la cabeza del animal con singular destreza. En pocos momentos quedó cogida la cabeza del toro por dos ó tres cuerdas que le ceñían el cuello, ó le cruzaban la cara, ó le sujetaban las astas. Los ginetes liaban sus soguillas con rápido movimiento y múltiples vueltas á la cabeza de la silla, y enfilando sus cabalgaduras en el sentido de la longitud de la bes-



tía, tiraban de ellas hacia adelante. Otros se colocaron á la cola del toro, y aprovechando sus movimientos, le arrojaban lazadas á las patas traseras para cogérselas. Una vez logrado su intento, así los lazadores de la cabeza como los de las patas tiraron de la bestia en opuestas direcciones. Restiradas las cuerdas, solicitaron al animal en contrarios sentidos; juntos los cuartos traseros y levantados en alto, careció de apoyo el animal, vaciló un momento sobre los delanteros, y, perdido el equilibrio, se desplomó de golpe en el pavimento, cayendo de costado con gran fuerza y levantando una nube de polvo.

Allí quedó inmóvil, alargado por el suelo, con una asta medio hundida en la tierra, los ojos desmesuradamente abiertos y la nariz hinchada y anhelosa. En esta disposición se hallaba, cuando vinieron los vaqueros y le ciñeron el cuerpo por la parte de enmedio con una cuerda doble, apretándola vigorosamente; para ello, á la vez que tiraban con las manos del lazo, le ponían los pies en la panza, valiéndose de las piernas como de poderosas palancas. Cuando el pretal estuvo suficientemente ceñido, un hom-

bre del grupo se puso á horcajadas sobre el espinazo del toro, asiéndose con gran trabajo de las cuerdas medio hundidas en los lomos. Iba vestido de cuero, con las calzoneras abiertas de media pierna abajo para lucir el blanco calzón, y llevaba botas amarillas, espuelas y sombrero de palma. Tan luego como se hubo acomodado á satisfacción sobre la bestia, fueron desatadas las cuerdas que ligaban el cuello y las patas de ésta, con el fin de que se levantase; pero sea por el cansancio ó por la presión excesiva del pretal, quedóse inmóvil por algunos segundos. En vista de ello, el jinete le dió algunas espoleadas y otros rancheros le aplicaron recios azotes en las aucas con las sogas. El bruto exasperado hizo un esfuerzo, incorporóse y en un momento estuvo en pie, con el hocico abierto y espumante y la mirada colérica. Al sentir sobre sus lomos la carga, dió un salto elevado por el aire, ondulando el cuerpo en el espacio, y siguió dando vigorosos coreobos buen trecho por el potrero. Su gruesa piel amarillo-oscuro parecía no tener adherencia al cuerpo, conforme se movía y resbalaba de un lado para otro. El jinete, sacudido con fuerza por tan



bruscos movimientos, perdió pronto el sombrero, y tan presto parecía tocar la cabeza del animal con la frente, como sus ancas con la nuca, según era inclinado hacia adelante ó hacia atrás por los brincos del cornúpeto; pero no caía de sus lomos, por más que el toro, loco de rabia, hacía desesperados esfuerzos por sacudírselo de encima. Esta lucha duró algunos minutos, hasta que el animal comenzó á perder el brío; entonces el jinete le azuzaba con la voz, ó levantando los pies le picaba las ijadas violentamente con las espuelas. El bruto volvía de nuevo á sus brincos y corcobos para entrar en más prolongado descanso á pocos momentos. Los rancheros le azotaban las ancas con las sogas ó se le ponían al frente con los sarapes y le sacaban algunas vueltas. Finalmente, llegó á tal punto el desgano del animal, que no saltaba ya, ni embestia, ni hacía esfuerzo por despojarse del hombre que lo montaba, sino que con su carga áuestas, trotaba por el potrero buscando alguna salida. En vista de esto y supuesto que la bestia estaba enteramente dominada, aprovechó el jinete un momento en que pasaba debajo de un mesquite, y cogiéndose

de una de las ramas horizontales, separó las piernas y dejó que pasara adelante el animal. Resonó por todas partes aplauso nutrido, tocó *diana* la música, y el hábil jinete fué traído por dos rancheros al tablado de la reina para que recibiese su bien ganado premio. Hasta entonces le conocí. Era Juan, muy elegante y bien plantado con su traje de piel de venado.

Eché una mirada á Nieves, y la ví roja como una amapola. Tomó la banda más bonita de la colección que tenía á su lado, y se la pasó á su novio por la cabeza y brazo diestro, dejándosela cruzada sobre el pecho. Al inclinarse ambos con este objeto, algo se dijeron, se vieron con los rostros á corta distancia, y sonrieron. En seguida alejóse Juan radiante de gozo.

Por rápida que hubiese sido la escena, no había pasado inadvertida para los ojos celosos de don Santos.

— ¡Eh! muchacha, dijo á Nieves con dureza, ¿quién es ese monigote?

— No sé, respondió ella con turbación.

— ¿No lo conoces?

— No señor.

— Y ustedes, interrogó don Santos, vol-



viéndose á Analco y á la tía Petra que permanecían en pie detrás de nosotros; no conocen á ese intruso? Porque ese holgazán no es de la hacienda.

—Desde que le vide se me están retorciendo las tripas, señor amo, dijo Andrés; sí le conozco.

—¿Quién es? prosiguió el amo con tono airado.

—Es un malcriado, dijo la tía Petra, que desde hace tiempo nos da buena guerra.

—¿Con qué?

—Nos anda inquietando á la niña.

—¿Conque sí, eh? articuló don Santos lleno de despecho; ¡y viene delante de mí á jugarme las barbas!

Diciendo esto se levantó.

—¿Dónde va Ud. don Santos? le preguntó el jefe político, que no había reparado en la escena.

—Voy á torear un toro, contestó él con sarcasmo.

—Pero, hombre, no le vaya á suceder á Ud. una desgracia; deje eso para los muchachos.

—Vuelvo luego, dijo; yo valgo más que cualquier muchacho. Y brincó abajo del ta-

blado y se alejó caminando por detrás del potrero.

Nieves se alarmó visiblemente.

—¿Qué tiene Ud? la dije ¿Está Ud. mala?

—Si, señor, tengo un dolor, me contestó con rostro afligido.

—¿Melindrosa! gruñó Analco.

—¿Tiene Ud. miedo por Juan? la dije por lo bajo.

Sorprendida volvió el rostro para verme; y hallando en el mío no sé qué expresión tranquilizadora, no movió los labios, pero con los ojos me dijo que sí de una manera que no me dejó lugar á duda.

—Aquí está la autoridad, la dije designando al jefe político.

Pareció que mi reflexión la tranquilizaba un tanto, y paseó los ojos por la plaza.

El bicho lidiado había desaparecido, y los ginetes tornaban á desplegar sus vistosos sarapes, para dar principio al capeo de un nuevo toro. A poca distancia de nosotros, un rancharo que estaba sentado en la cerca, no lejos de nuestro palco, entusiasmado por el espectáculo y tal vez por el vino, elevó canto plañidero, monótono, sin compás y en falsete, semejante á los



trémulos cantos orientales, cuidando más de que fuese entendida la letra, que de que resultase bella la música. Merced á tal circunstancia, común á los cantos de la gente campesina, pude escuchar bien lo que decía; fué poco más ó menos lo que sigue:

Con ésta y no digo más  
Cedro fino de la Habana;  
Quien tiene mujer bonita  
Para disgustos no gana,  
Y más si la señorita  
Tiene la sangre liviana.

Nunca puede el hombre pobre  
Tener su mujer bonita,  
Porque en faltándole el cobre,  
Viene el rico y se la quita,  
Aunque la razón le sobre.

Todavía no acababa de vibrar en el espacio la *balona* gemebunda del rancho, cuando apareció don Santos en la plaza, caballero en un potro tordillo, brioso y bien enjaezado. Tenía tal cara de mal humor que daba miedo. Sin desatar el rojo sarape que doblado á lo largo mostrábase sobre las ancas de su caballo, dió un paseo en torno, mirando cuidadosamente el rostro de los curiosos que estaban encaramados en lo al-

to de la cerca. Repentinamente se detuvo á poca distancia de nuestro palco, y, como en aquel momento no sonaba la música ni había grande alboroto, porque aun no salía el nuevo toro, pudo oírse perfectamente lo que dijo:

--¡Epa! tú ¡quién eres!

--Un servidor de su mercé, contestó Juan (pues á él era á quien se dirigía) bajando de la cerca con respetuoso apresuramiento.

--¡Eres de la Florida?

--No, señor, soy del Potrero.

--¡Qué has venido á hacer aquí?

--Vine á ver la función, señor amo.

--Y ¡quién te ha convidado?

--Nadie, señor amo, pero yo vine porque lo supe.

--Has de ser ladrón, te veo cara de pícaro; lárgate al momento.

--No me afrente su mercé, soy hombre de bien.

--¡Cuidado con faltarme grandísimo bribón!

--No señor, yo no le falto á su mercé, dijo Juan más blanco que la cera, quitándose el sombrero; lo único que le suplico



es que no me afrente delante de tantas personas.

—Lárgate, malvado.

—Su mercé no tiene por qué correrme; ¿he cometido algún desórden?

—Ahora lo verás, bellaco. ¿Con que no quieres irte por la buena? Ahora lo verás.

Esto diciendo don Santos, rojo por la cólera, sacó la espada que colgada de la cabeza de la silla llevaba en vaina de cuero, bajo la pierna izquierda, y enarbolándola con furia, descargó un cintarazo sobre su interlocutor. Juan dió un salto hacia atrás como mordido por una víbora, y rápido como el pensamiento, sacó de no sé de donde un enorme puñal, cuya limpia hoja brilló en su mano con siniestro reflejo. Don Santos no era cobarde; en lugar de arredrarse al aspecto del arma, pareció encenderse más y más en ira, prorrumpió en atroces injurias y metiendo espuelas al potro, se arrojó sobre Juan. Este con el ancho sombrero de palma en la mano izquierda á guisa de rodela, y el puñal en la diestra, saltaba ágilmente para librarse de los golpes, y esperaba el momento de herir con el arma que blandía. Pero no hubo más que dos ó

tres acometidas y golpes en vago por parte de los contendientes: en un momento la plaza se vió llena de gente, y Juan fué sujetado por veinte manos robustas que lo desarmaron. Una vez cogido por los vaqueros, acereóse á él don Santos, y le descargó dos ó tres cintarazos en la cabeza, que sonaron con golpe seco por la dureza del cráneo. Juan se retorcía furioso, diciendo horribles insultos.

—¡Hola! ¡hola!—gritó el jefe político saltando del tablado á la plaza, y sacando la pistola que llevaba al cinto en funda de cuero —¡alto! ¡alto! ¡cuidado con desórdenes! ¡Repórtese Ud. don Santos! No les pegue á los hombres *dados*. ¡Vamos, orden! Y abriéndose paso por en medio del grupo compacto, con las palabras y á empujones, llegó hasta donde se hallaba el dueño de la hacienda.

—Esté bribón ha tratado de herirme—dijo á la autoridad—; merece que lo mate.

—Calma, don Santos, repórtese Ud.

—Bien, dijo, ya sabe Ud. que lo obedezco porque es la autoridad, y metió la espada en la vaina.

—Lo sé, amigo, hágame el favor de retirarse.



—El que se ha de retirar es este pícaro. Llévenselo á la troje vieja, gritó á sus mozos el amo.

—En efecto, sacaron éstos á Juan del grupo haciendo uso de la violencia, y le condujeron á la troje.

— ¡ Le van á poner en el cepo! clamó Nieves llorando.

Me había olvidado de ella. La pobre muchacha densamente pálida, tenía trémula la barba como niño acongojado. Me inspiró lástima.

— ¡ Al cepo! ¡ al cepo! gritó la tía Petra, eso es lo que merece.

Analco había saltado á la plaza desde el principio de la escena, y era uno de los que sujetaban á Juan.

—No le pondrán en el cepo, dije; don Santos no tiene derecho para ello.

—Le debe dar machetazos, repitió Petra con ferocidad; lo quería matar.

—La justicia le castigará si es culpable, proseguí; pero don Santos nó.

Nieves me veía con ojos suplicantes y llenos de lágrimas.

—Señor, me dijo, por caridad suplíquele al amo....

—No tenga Ud. cuidado, la respondí, y salté á la plaza.

Me dirigí al jefe político. En breves palabras le expuse el caso. Le dije que don Santos estaba celoso de aquel joven, y que podría hasta asesinarle si le dejaba en su poder.

—Tiene Ud. razón, me dijo, es necesario llevarle á Tequila.

—Muy buena idea, repuse; así se puede evitar que el dueño de la hacienda cometa cualquier abuso.

Nos dirigimos á donde estaba don Santos; el jefe político le manifestó que había menester llevarse á Juan, y que él se encargaba de conducirle.

—No es necesario, le dijo don Santos, aquí me encargaré yo de darle su merecido. Necesito escarmentarle para ejemplo de mis sirvientes, porque si no lo hago así, van á perderme el respeto.

—Habiendo pasado los hechos delante de mí, contestó el jefe político, tengo el deber de intervenir en el negocio.

Después de prolongado debate, hubo de ceder don Santos, aunque muy á pesar suyo, y concluyó por decir:



--Este pícaro necesita un castigo muy severo; ya me presentaré ante el juez de Tequila.

Nos trasladamos á la troje vieja, que era una enorme pieza ruinosa, que sirvió un tiempo para guardar maíz, y que estaba agrietada y próxima á caerse. Allí encontramos á Juan con los pies metidos en el cepo. Después de larga lucha sostenida con sus conductores, vencido por el número tuvo que someterse al tormento. Daba vueltas Analeo á la llave del cepo, cuando entramos nosotros. Obligado por el jefe político, abrió con desgano la pesada máquina y dejó libre á la víctima.

Los acontecimientos ocurridos habían echado á perder la fiesta. Por más que don Santos se empeñó en que continuara, no le fué posible conseguirlo. La concurrencia se desbandó poco á poco, y mi primo, el jefe político y yo montamos en nuestro carruaje y nos dirigimos á Tequila, llevando á Juan en calidad de preso en el pescante, junto al cochero. Iba mudo y sombrío, agitado y lleno de cardenales. Llegábamos ya al pueblo cuando le dije:

— Hombre, Juan, mucho siento lo que

ha pasado; ahora lo que importa es no preocuparse demasiado por ello.

--El amo don Santos, me respondió con voz ronca, abusa de los pobres; pero yo, señor, tengo vergüenza y soy tan hombre como cualquiera.

La respuesta me causó espanto, pues comprendí que correspondía á un ánimo exaltado y rencoroso. Callé y llegamos á Tequila en silencio. Al separarme del jefe político le dije:

--¿Qué va á hacer Ud. con Juan!

--Voy á llevarle á la cárcel.

--¡Pero cómo al pobre muchacho! ¿No podría Ud. multarle nada más y dejarle libre?

--No, el delito es grave, porque ha intentado herir á don Santos.

--No ha hecho más que defenderse.

--Es reo de riña, y debo consignarle al juez.

--En igual caso se halla don Santos, ¿por qué no le ha traído Ud. preso?

Contrariado el jefe político, no me contestó, y casi sin despedirse se alejó en el carruaje. Como la cárcel se hallaba en la plaza principal, en la acera opuesta á mi casa



ví llegar á la prisión y poner á Juan en manos del carcelero.

VI.

La fábrica de aguardiente de mi abuelo es una vasta construcción que se halla á un extremo del pueblo, al otro lado del Arroyo de la Tuba, así llamado porque arrastra los bagazos del mezcal beneficiado y los desperdicios de las tabernas. Las emanaciones de la corriente son de un olor especial, y contribuyen á dar originalidad al lugar; Tequila huele á tuba, como Atotonilco á jazmines.

Mis primos continuaron por algún tiempo, aunque en pequeña escala el giro de mi abuelo. En su compañía fuí á visitar la antigua fábrica. Recorrí su interior, deteniéndome á cada momento para considerar con tristeza los estragos del tiempo, y la soledad y el silencio que por donde quiera reinaban. Los patios y corrales, ahora desiertos, un tiempo se mostraron llenos de bulliciosa mulada perteneciente á los diversos atajos que conducían el producto á los pueblos del Estado, á San Luis y á Zatecas, puntos con los cuales mi abuelo

llevaba un comercio activo. Las trojes antes henchidas de maíz, mirábanse vacías y ruinosas; las pilas, secas y aterradas, no daban de beber á aquella multitud de mulas y caballos que poco há todavía ocurrían á ellas á mitigar la sed, después de haber comido abundante maíz en los pesebres. Nada de aquella turba de incansables arrieros que con pechera de cuero y tapa-ojos mular al brazo, bullían por todas partes aparejando las mulas, echando los barriles sobre sus lomos y arreándolas con voces, azotes y silbidos; nada de aquel constante tragín, de aquel incansable ir y venir de trabajadores y compradores, con que resonaba el vasto edificio.

Mis primos me veían con rostro melancólico, y comprendiendo lo que pensaba en mi interior, se limitaban á decirme en son de disculpa:

— ¡Qué quieres! nosotros somos pobres y mantenemos el negocio como podemos.

Inspeccioné la fábrica. De los cien hornos antiguos, había sólo ocho encendidos; el resto de la alta, extensa y oscura galería, yacía desierto y silencioso. Mis primos conservaban en aquel tiempo, el antiguo